

• • Eduardo Olivero, el hombre el corazón de



Portada de "Lettera ai Dalmati", dedicada por el poeta italiano.

el corazón de

• *Aviador a los 16 años. — De soldado — Doce condecoraciones ganadas a D'Annunzio. — El accidente de las multitudes hoy vive*

P O R L U I S

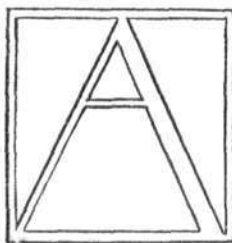
drilla, que cayó peleando. Debajo del retrato se halla colocado el tubo del "punto de mira" de la ametralladora del avión que Olivero utilizó en la guerra. Baracca se lo regaló... En la misma pared se ve un cuadro con una cruz negra de tela: era la insignia de un avión austriaco volteado por Olivero, y al costado, un pedazo de la hélice del mismo avión.

OLIVERO AVIADOR

PERO antes de evocar su actuación en la guerra, hablemos de Eduardo Olivero cuando vivía la vida de ciudadano común. Nacido en Tandil, en 1896, no había cumplido aún los 16 años y ya era todo un señor piloto, volando en las "latas de querosén" de entonces. Pablo Casteibert le enseñó a volar. Hizo el curso con Lorenzo Eusebione, Pérez Arzeno y Bonilla. Aprendió en un aparato de construcción nacional. No se podía desarrollar más de 70 kilómetros y la autonomía de vuelo sólo llegaba a la hora y media...

SOLDADO RASO

CUANDO Italia entró en la guerra, Olivero, que lleva sangre itálica en sus venas, creyó un deber ofrecer sus servicios. Y se presentó al estado mayor del ejército italiano. Llevaba un certificado del Aero Club Argentino en el que se declaraba que había rendido los exámenes de piloto, pero que no se le otorgaba el brevet correspondiente por ser menor de edad. En Italia se le hicieron rendir los dos exámenes: el civil y el militar, enviándolo en

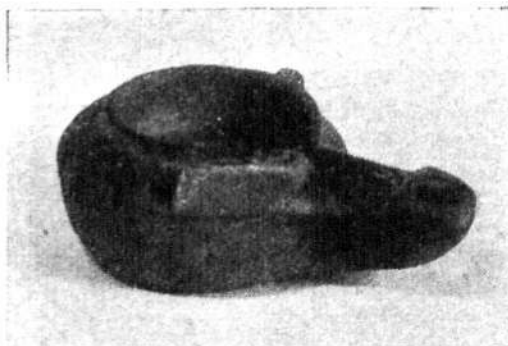


• Allí va Olivero!
— ¡Ese es el mayor Olivero, el bravo argentino que supo imponerse en la Guerra Europea!
(Desgraciadamente, Olivero lleva en su rostro las cicatrices de su arrojo, y su paso por la ciudad es inconfundible).

Eduardo Olivero, el hombre que vivió horas de gloria en el corazón de las multitudes, está a punto de abandonar el país. Y se alejará de la patria con tristeza y sin odios, como cuadra a los grandes espíritus.

Lo he visitado en su retiro: en su casa de la calle Jorge Newbery — no podía vivir en otra calle un aviador como él, que recuerda con cariño y respeto al gran sportman mencionado, — donde vive la vida silenciosa del afecto del hogar, junto a su esposa y su hija. Y rodeado por los diplomas, trofeos, condecoraciones, menos volubles que los hombres, por cuanto no varían en su testimonio de la bravura y del coraje del héroe.

Allí estaba, con su cara llena de costurones, sentado frente a su escritorio, tomando mate, acompañado por las fotografías de sus compañeros de la guerra. Frente a su silla está el retrato del gran Baracca, el jefe de su escua-



La lámpara votiva de las excavaciones de Roma con que D'Annunzio obsequió a Olivero.

que vivió horas de gloria en • • las multitudes

raso a mayor del ejército italiano. •
fuerza de coraje. — Su amistad con
Tandil. — El hombre aclamado por
alejado de la aviación.

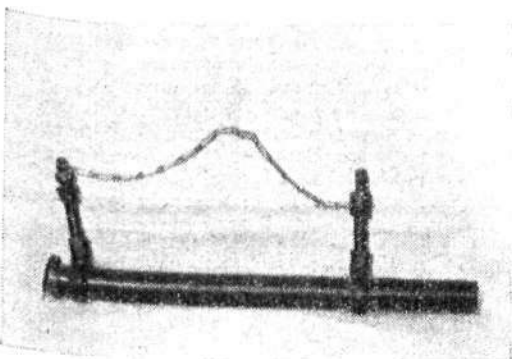
POZZO ARDIZZI

seguida al frente. Se incorporó a una escuadrilla como aviador y soldado raso. Le dieron un avión de caza "Nieuport", francés, pues en Italia no se construía todavía ese tipo de máquina. Prestó sus primeros servicios en el campo próximo a la histórica catedral de Acquileia, en el frente del Isonzo. Después de varios meses lo pasaron al frente trentino, donde permaneció hasta fines de enero de 1917.

UN COMPAÑERO SALVA LA VIDA A OLIVERO

DE la guerra, además de su docena de condecoraciones, Olivero sólo tiene como recuerdo algunas heridas en las piernas. Sin embargo, en muchas ocasiones estuvo a punto de perder la vida. Y en una de ellas, la casualidad hizo que un compañero y amigo muriera en su lugar. Oigamos su relato:

—Fué el 24 de febrero de 1917; debía partir otra vez para el frente del Isonzo, formando parte de la escuadrilla 76, que actuaba cerca de la ciudad de Gorizia. Mi camarada y amigo, el piloto sargento Dino Menegoni, había regresado de su licencia — visitó a su madre en Viareggio, — y con ansias de volar, me pidió el "Nieuport" para realizar una pequeña excursión aérea, pues su máquina no estaba lista. Accedí. Se elevó a 1.500 metros de altura, y de pronto la máquina se precipitó al suelo hecha pedazos. Era el destino; quizá si Menegoni no llega esa mañana... yo no hubiera regresado a mi patria... No quise permanecer ni un día más en ese frente, donde cada detalle me recordaba al amigo tan injustamente desaparecido.



La "mira" de la ametralladora del avión de guerra de nuestro compatriota.



Portada de "La Riscossa", con la dedicatoria de D'Annunzio.

LA ESCUADRILLA BARACCA

EL 25 de febrero del mismo año — dice Olivero — me incorporé a la célebre escuadrilla de Baracca, creada por ese valiente militar con aviadores seleccionados por él mismo.

"Me dieron un flamante Spad, y sobre los montantes hice pintar mi mascota: dos cabezas de indio con los colores argentinos. En el fuselaje, próximo a la escarapela con los colores de Italia, se destacaba el "grifo" negro sobre fondo blanco, ideado por D'Annunzio; era la insignia oficial de la escuadrilla Baracca. El inmortal poeta la había sugerido; aquella águila con medio cuerpo de león simbolizaba el dominio de la fuerza de la tierra y del aire.

"Baracca, mi jefe y leal amigo, cayó con su avión peleando con el enemigo. Un día deserté del campo con mi máquina, volé sobre su tumba y arrojé un ramo de flores con los colores argentinos... Bien merecía ese hombre la falta disciplinaria que cometí...

UN VUELO EXTRAORDINARIO

A pesar de la amistad que me une a Olivero, jamás logré que me relatará episodios en los cuales se destacó. Su modestia le impide hablar de sí mismo: nunca desea explicar por qué acciones ostenta



El mayor
Eduardo
Olivero

con el señor
Luis Pozzo
Ardizzi.

en su chaqueta de militar italiano tres medallas de plata al valor militar, dos medallas de bronce, la cruz de Caballero de la Orden de San Mauricio y Lázaro de la corona de Italia, la cruz de oro de la orden Karageorgevich de Serbia, la gran cruz de guerra fancesa con palma y la cruz de guerra italiana.

Sin embargo, una vez recuerdo que nos contó a varios amigos un episodio interesante:

El estado mayor del ejército italiano solicitó los servicios de un aviador de buena voluntad que se atreviera a ir al interior de los campos austríacos para comprobar si efectivamente se preparaban algunos dirigibles para atacar a Venecia. Olivero se ofreció, pidiendo autorización a fin de introducir algunas reformas en su máquina, pues debía volar muchas horas. Así lo hizo: Olivero fué al frente austríaco y tomó 24 fotografías de objetivos militares que interesaban al comando italiano. Al aterrizar en Padua, lo aguardaba en el campo el rey Pedro de Serbia, quien lo felicitó y le hizo entrega allí mismo de la cruz de oro de la orden de Karageorgevich.

D'ANNUNZIO Y OLIVERO

D'ANNUNZIO — me dice Olivero, — que me distingue con su amistad, es uno de los grandes patriotas de Italia; nadie con más valor, decisión y desinterés que él ha "hecho" la guerra: dirigió asaltos a la bayoneta, formó parte de la marina y tuvo un papel destacadísimo en la aviación. He combatido a su lado y he apreciado su coraje extraordinario.

En las paredes del escritorio del mayor Olivero se ven las carátulas de dos libros de D'Annunzio: "La Riscossa" y "Lettera ai dalmati", con las siguientes dedicatorias: "Al teniente Olivero y su intrépida fe latina"; "Al heroico teniente Olivero, este libro de ardor a quien arde. — D'Annunzio".

Y también guarda en un cuadro, el mayor Olivero, la siguiente carta del poeta, que revela el afecto que sentía por nuestro compatriota:

"Mi querido Berliri: quien lleva este saludo es el valeroso teniente Olivero, que vino a hacer la guerra santa con nosotros, si bien ha nacido en la Argentina. Su bella conducta está testimoniada en las cintas azules que lleva sobre el pecho. Ahora él parte para Buenos Aires, donde tiene la madre enferma. Ha obtenido veinte días de licencia. ¿Por qué no podríamos nosotros darle una misión aeronáutica en la Argentina? Ninguno es más digno que él. Te ruego lo acojas calurosamente y lo favorezcas. Tuyo. Gabriel D'Annunzio".

— Fué el 23 de junio de 1919; obtenida mi licencia, concurrí a la residencia de D'Annunzio para despedirme. Pasamos el día juntos en su villa; me habló del raid Roma-Toquio, de la situación de Fiume y de la conveniencia de que regresara en seguida para formar parte del conjunto de aviadores que irían con él al Japón. Al despedirnos, D'Annunzio sube a su dormitorio y baja luego con una lámpara votiva extraída de las excavaciones de Roma. Toma una punta de acero y escribe: "A Olivero. D'Annunzio", y me la obsequia, mientras dice: "Conserva siempre esta lámpara votiva, que ella iluminará todo el camino de tu vida"...

Le pregunté a Olivero por qué no publicaba sus memorias de la guerra, y dice:

—¿Para qué?... Las tengo listas con toda la documentación oficial: las órdenes que cumplí, los partes diarios de vuelos, los encuentros con el enemigo, las felicitaciones, los ascensos, etc. Pero será la herencia que le deje a mi hija... Cuando yo muera, ella podrá permitir recién que salgan a luz los hechos en que intervino su padre...

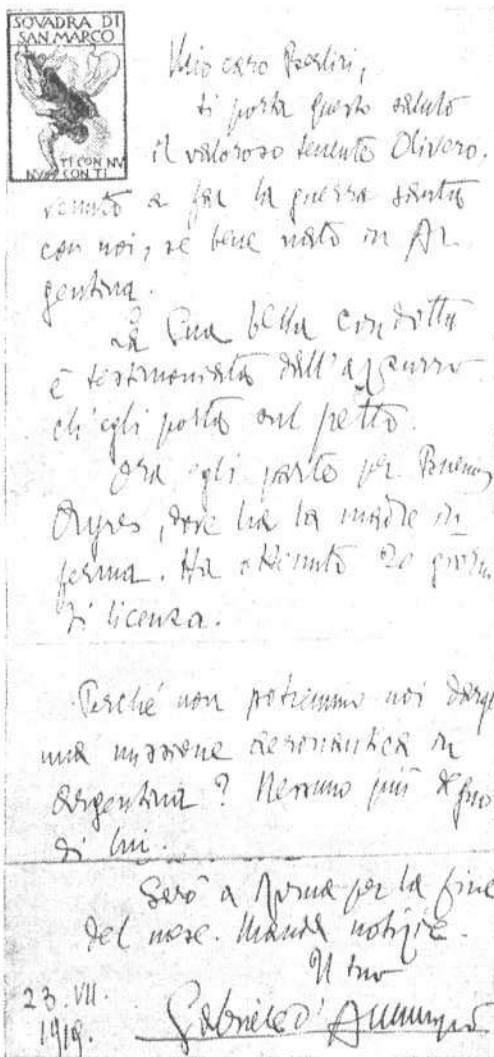
EMPIEZA LA MALA SUERTE

DURANTE la licencia que se le acordó en Italia, el mayor Olivero permaneció en Buenos Aires volando material italiano. Dos días antes de regresar a Italia resolvió ir en avión a Tandil para despedirse de su madre. Llegó el domingo 7 de marzo de 1920 a Tandil, y a pedido de varios amigos debió realizar un vuelo con pasajero: salió con el señor Teruado. Hallándose a 1.500 metros de altura, al hacer un "looping", se le incendió la máquina y tuvo la suficiente seriedad para aterrizar a pesar de ese percance. Olivero resultó con horribles quemaduras que le desfiguraron la cara. Su compañero se salvó porque pudo refugiarse debajo del "capot". Permaneció dos meses en cama y no pudo regresar a Italia para reincorporarse al ejército. El gobierno italiano le computó el accidente como si le hubiera ocurrido en aquel país, y se hizo el elogio de su seriedad y valor.

Luego vino el raid Nueva York-Buenos Aires, con Duggan, cuyas peripecias son conocidas. A raíz de este vuelo el pueblo todo de Buenos Aires pidió al gobierno que se le reconociera el grado militar que había ganado en la guerra, a lo que Olivero se opuso para no sentar un mal precedente en el ejército de su patria.

El pueblo pidió entonces que no se le dejara marchar a Italia, donde lo reclamaban sus superiores, y se accedió a ello, designándolo, con justicia, inspector general de aeronáutica civil.

Hace tres meses se le ha suspendido en su cargo. Olivero envió una nota al ministro del Interior; en cuya parte final dice así:



La carta que D'Annunzio envió a Berliri referente a Olivero.

"Por la confianza que el país ha depositado en la eficiencia y honorabilidad de uno de sus hijos; por esa responsabilidad que me impone la dignidad que me ha dispensado el Superior Gobierno, el Honorable Congreso, el Pueblo y el Ejército, y por la jerarquía militar que un país amigo de esta tierra otorgó en el campo de batalla a un argentino, es que recurro hasta la persona del Excmo. Sr. Ministro, reclamando que se me someta a una severa investigación sumaria que defina en forma clara mis procederes, y que si de ella resultare que soy culpable, se me someta a la justicia competente para que ella sea quien diga al pueblo argentino que este ciudadano ha faltado a la confianza de la Patria, para entonces devolver las condecoraciones que premiaron mi chaquetilla de soldado a los países que la honraron, y a la alta majestad de Italia, la espada que armó mi brazo. Será justicia".

—¿Qué espera usted? — le dije al despedirme.

—Nada. Estoy tan acostumbrado a las decepciones, que sólo siento haber abandonado mi carrera en la segunda patria, Italia, donde se me conside-

ra como militar y como servidor de aquel país.
—¿Piensa volver a Italia?
—Es muy probable. Tengo tan buenos recuerdos...

Y sus ojos sin pestañas, desfiguradas las órbitas por el fuego, se anegan de llanto, mientras mi silencio le rinde un respetuoso homenaje...



Luis Pozzo Anzuetti

